

## EL HABITO DEL ORDEN

### Blanco supremo de la educación de las escuelas,

(Discurso leído por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Rago-nesi, Nuncio Apostólico, con motivo de la inauguración del curso académico en el Seminario y Universidad Pontificia de Comillas, el 1.º de octubre de 1919).

(Conclusión)

#### II

#### LEYES DEL ORDEN

El orden se crea y se conserva mediante la aplicación y observancia de sus leyes, así como el desorden se origina por el descuido y quebrantamiento de las mismas leyes.

Dios, que, en su infinita sabiduría, todo lo hizo con *peso, número y medida*, estableció, tanto para el mundo físico como para el mundo moral, leyes eternas según el plan de la creación.

Mas las leyes del mundo material, por no depender sino de la voluntad del Creador, son inmanentes e inmutables: de ahí la perpetua armonía del universo.

Al contrario las leyes de la vida, de la sociedad y de las obras humanas: sujetas como están a las desviaciones de la libertad del hombre, pueden infringirse y son frecuentemente infringidas. Y de tal infracción precisamente nacen el desorden intelectual, ético, artístico y de todo género.

Si cualquier descubrimiento de las leyes naturales redunde en grande utilidad del hombre, la noción de las leyes que presiden al orden moral le es del todo necesaria.

Empero conviene distinguir: hay leyes *especiales* para ordenar cada clase de obras humanas, éticas, sociales, políticas, artísticas, etc., y leyes *generales*, que son comunes a todas las obras y que a todas deben presidir para que resulten ordenadas.

Nosotros no tratamos sino de este segundo género, y por eso preguntamos: ¿Cuáles son las leyes generales que gobiernan la creación del orden, considerado en su propia esencia? O mejor: ¿Cuáles son las leyes del orden intelectual y lógico que ha de brillar en todas las obras humanas?

Es ésta la segunda cuestión, muy importante, que nos proponemos resolver. No es, por cierto, fácil tarea poderlas concretar y reducir a fórmulas precisas. Nosotros lo intentaremos, analizando el concepto mismo del orden y los elementos que lo componen, con método análogo al usado por los sabios que, descomponiendo en sus cálculos la gran máquina del universo, y analizando sus partes, llegan a descubrir, conocer y formular las leyes.

Está por demás advertiros que la obra ha de ser, ante todo, adecuada a la capacidad de quien la emprende. «Tantead detenidamente — dice Horacio — la carga que os echáis sobre los hombros, y no os impongáis la que no es para ellos; si escogéis materia proporcionada a vuestras fuerzas, no os faltarán ni la facundia ni la brillantez que da el orden» (1). Esta es una regla que puede llamarse de ecuación entre el trabajo y la capacidad del autor que lo emprende.

(1) *Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequan—Viribus, et versate diu quid ferre recusent—Quid valeant humeri. Cui lecta potenter erit res,—Nec facundia deseret hunc nec lucidus ordo. (Ad Pisones, v. 38-41).*

*Ley de unidad:* La unidad es tan evidentemente esencial para el orden, que no se necesita demostrar el intrínseco enlace entre éste y aquélla. Horacio decía: *Sit quodvis simplex dumtaxat et unum* (1).

*Ley de multiplicidad:* Las obras han de contener, todas y solas aquellas partes que convienen a su finalidad, evitando así los dos extremos, la *deficiencia* y la *redundancia*. Las producciones pobres de elementos no despiertan interés, y las que rebosan en nimios detalles producen siempre cansancio, y frecuentemente pierden su eficacia. Hay que tener presente la aguda observación de Terencio: *Quod non prodest nocet*, y evitar el reproche de Horacio: *Sed nunc no erat his locus* (2). De esta suerte se imitará a la naturaleza, que en nada se halla falta y nada hace en vano.

*Ley de finalidad:* El principio de unidad está íntimamente ligado con el fin de la obra, el que, llámese ideal, ideal madre o concepto dominante, ha de ser la nota soberana que reine en las obras del hombre y en las producciones del artista; ha de ser como el corazón que palpita en todas y cada una de sus partes. Es en extremo necesario, pues, que al fin sea clara, precisa y vistosamente presentado.

Corolario natural de esta ley es la necesidad de que el autor sea constante y coherente consigo mismo; él puede escoger el fin y el punto de vista que a bien tenga; pero, una vez determinado, debe permanecer fiel a su fin, y encaminar a él todos sus medios. El orden no depende del capricho del autor, sino de la inteligencia, que, mirando a la suprema razón divina y a sus eternas leyes, computa qué puesto debe atribuírse a cada una de las partes, para que el todo resulte ordenado.

(1) *Ad Pisones*, v. 23.

(2) *Ad Pisones*, v. 19.



Fresco en la bóveda del presbiterio.

*Ley de coincidencia de los fines:* El fin del autor debe, o identificarse en absoluto, o concertarse con el fin de la obra. De otra manera, habría desunión precisamente en lo que ha de ser principio de unidad, y la producción resultaría desordenada en lo más esencial.

*Ley de subordinación:* Todos los elementos que entran en la obra deben estar subordinados a su fin. Es imposible concebir un todo bien ordenado, si cada una de las partes que lo integran no se dirige al ideal como radios a su centro. Cualquiera elemento que no concordara con este principio de unidad se encontraría fuera de su puesto y sería factor de desorden.

*Ley de coordinación:* Cada una de las partes ha de ocupar el sitio que le compete en relación con las otras. Estén cuanto se quiera subordinados todos los elementos al fin, pero no concertados entre sí en mutuo acuerdo, y el todo carecerá de orden completo. Podrá existir orden *teleológico*, pero faltará el orden *estético*, y la obra no quedará perfectamente ordenada.

*Ley de jerarquía:* Esta regla, derivada de las precedentes, exige que todas las partes, en la complejión de relaciones de *prioridad* y *posterioridad*, convengan al tono general de la obra, escalonándose progresivamente de modo que las unas cooperen con las otras y todas armoniosamente concurren a la persecución del mismo ideal, conforme acontece en los reinos de la naturaleza, donde los minerales sirven a los vegetales, los vegetales a los animales y todos al hombre.

En inobservancia y transgresión de las leyes que acabamos de formular, y especialmente de las del *principio de unidad*, de *subordinación* y de *coordinación*, hay que reconocer el origen y la causa principal de tantos fracasos, no sólo en producciones artísticas y

literarias, sino en obras privadas y públicas, sean sociales, políticas, económicas o de cualquier otro linaje.

Importa, pues, en extremo que los alumnos desde la más temprana edad aprendan estas leyes, se conaturalicen con ellas y se acostumbren a aplicarlas casi instintivamente para conseguir poco a poco el hábito del orden, que ha de ser, lo repetimos, el blanco supremo de la educación en las escuelas.

### III

#### HÁBITO DEL ORDEN

Los jóvenes que desde su nacimiento llevan en sí gérmenes de desorden, ¿cómo podrán acostumbrarse a ordenar sus facultades, sus ideas y sus actos? ¿Cómo podrán adquirir el hábito del orden? Con la educación que los adiestre a cumplir las leyes que acabamos de formular; con la educación armónica, gradual y constante, que infunda, inspire e inculque en el ánimo de los escolares la estima del orden, el amor al orden, la observancia del orden.

Verdad es que el orden depende sobre todo de la mentalidad natural: hay individuos mejor equilibrados que otros, como existen unos pueblos más disciplinados y otros menos. Empero, cuando se estudia el desarrollo de los individuos y de las colectividades, claro aparece que la mayor o menor disposición al orden se debe en gran parte al grado de su educación y cultura. Tribus que antiguamente aparecieron con caracteres de anarquía, se ostentan hoy como dechados de orden y disciplina; y naciones que llegaron a producir obras maravillosas de organización, en nuestros tiempos vegetan lastimosamente desorganizadas.

Y ¿qué medios y resortes ofrecen las escuelas a los alumnos para adiestrarlos a ordenar sus ideas y afectos hasta conseguir el hábito del orden y aplicarlo en sus obras con espontánea naturalidad? Podemos afirmar que tantos son los medios de educar en el orden, cuantos son los instrumentos de la educación y enseñanza, empezando por la persona del maestro y la estructura de las escuelas.

Poderosa influencia ejerce sobre las facultades imitativas de los jóvenes el profesor que en sus palabras, en sus actos, en su porte y en todo se muestra vivo modelo del orden.

El orden en el edificio escolar, en las aulas y en todos los materiales entra por los sentidos en el ánimo tierno de los alumnos.

Con todo, no son estos los medios de que ahora tratamos. Ni tratamos del plan de estudios que, concentrado con metódico sistema en la formación intelectual, facilita el camino para conseguir el hábito de ordenar ideas y cosas.

Mucho menos hablaremos de las varias asignaturas, aunque cada una de ellas y todas de concierto han de concurrir a la armónica educación de las facultades humanas bajo la dirección de la inteligencia: la cátedra de catolicismo, que es esencialmente religión de armonía; la filosofía, que con sus diversas ramas, lógica, metafísica y ética, tienden por su naturaleza a ordenar las facultades y potencias del hombre, sus ideas, afectos y sentimientos; las disciplinas morales y políticas, que con sus varias aplicaciones establecen el equilibrio entre los derechos y deberes correlativos; la matemática, con la geometría, aritmética y álgebra; la física y demás ciencias naturales; la historia y las bellas letras; en fin, todas las asignaturas deben converger, no tanto a henchir el espíritu de los alumnos

con múltiples conocimientos, cuanto a ordenar sus facultades y sus actos.

No pudiendo desentrañar todos estos temas, concretémonos a discurrir sobre el estudio de las *letras*, mirándolas, no desde el punto de vista de la estética, sino de la influencia que ellas han de ejercer en el espíritu de los jóvenes como factor de orden y armonía.

Gran confusión domina en no pequeña parte de la literatura moderna. ¿Quién puede negarlo? Es el lamento general de los verdaderos sabios.

Se oyen y se leen conferencias, sermones, obras literarias que admiran por la importancia de los temas, por la copia de la erudición, la nobleza de las ideas, la elocuencia de la forma; y, sin embargo, son tan oscuras, que a los oyentes y lectores resulta difícil o imposible epilugarlas, por no llevar en su memoria sino un eco lejano de vacías sonoridades.

No faltan en ellas ni propiedad de lenguaje, ni viveza de frases, ni elegancia de estilo, ni belleza de imágenes y figuras; les falta la claridad, dote esencial de los escritos y discursos.

Y ¿cómo en medio de tan relevantes cualidades y en tanta profusión de retóricos adornos pudo faltar la claridad? Porque faltó un ideal claro y preciso, o faltó la subordinación de las partes a ese ideal, o la coordinación de ellas entre sí: en una palabra, porque faltó el orden, que es la luz de las cosas: *lucidus ordo*.

Semejantes producciones literarias se presentan como lienzos sin composición artística en su conjunto, aunque tengan figuras y ornamentos primordiosos.

Así la literatura, que por su propia naturaleza debería concurrir a llevar la paz y la concordia, contribuye poderosamente al deplorado acrecentamiento de

la confusión y anarquía en el espíritu de los individuos y de la sociedad.

Es éste uno de los frutos naturales de la desatinada dirección que en las aulas, especialmente de segunda enseñanza, se da al estudio de las letras, olvidando que su principal objeto es contribuir a educar armónicamente la inteligencia, la voluntad, el corazón y la fantasía de los escolares, y a formar en ellos el hábito del orden.

Es menester, pues, restaurar los procedimientos en el estudio de las letras: es preciso armonizar los métodos pedagógicos modernos con los antiguos que tantos y tan admirables resultados produjeron. Vosotros, amadísimos jóvenes, bien los conocéis.

Uno de estos medios consiste en el análisis de los modelos que los grandes maestros, especialmente de la antigüedad griega y romana, nos legaron en sus obras inmortales; ejercicios que, practicados bajo la sabia dirección de vuestros egregios profesores, os harán penetrar en el alma de los clásicos y asistir a sus elaboraciones espirituales.

Veréis con cuánto esmero, antes de tomar la pluma, dibujaban en su mente el plan general de la obra, conforme a todas las leyes del orden y especialmente a la de la subordinación y coordinación.

Veréis cómo, aunque no diseñaban la obra hasta en sus últimos pormenores, trazaban las líneas que yo llamaría arquitectónicas; y cómo, al dar forma sensible a sus concepciones, iban inspirándose al calor del trabajo.

Veréis que sus producciones brotaban de la mente como de un tronco, cuyas ramas, al sol de la primavera, van cubriéndose de hojas, flores y frutos, conservando la forma ordenada del árbol.

Otros de los medios eficaces para familiarizarse con el orden, es el desarrollo de temas oportunos y adecuados.

Los alumnos que se ejerciten con discreta frecuencia en semejante aprendizaje lograrán poco a poco, no sólo el manejo del idioma, sino la fácil manera de enlazar lógicamente conceptos, juicios y raciocinios, y de reproducirlos con precisión en sus escritos.

No se encarecerá jamás lo suficiente esta clase de ejercicios, tan descuidados hoy día a causa, tal vez, del corto período de años que se consagra a la segunda enseñanza.

La literatura, que es la más noble de las bellas artes, de todas participa: participa de la música en lo numeroso de los períodos, en la cadencia de cada uno de sus miembros y en la eufónica combinación de las palabras; de la pintura, en la descripción de los cuadros y vividez de los colores con que se revisten las imágenes; de la escultura, en la modelación de la forma y primor de los relieves; y, sobre todo, participa de la arquitectura, en el plan fundamental y en las grandes líneas que forman proporcionadamente el esquema y trabazón de la obra.

Composición, a la cual falte alguna de aquellas primeras dotes artísticas, ostentará mayor o menor grado de perfección; pero será radicalmente imperfecta si carece de la última, si carece de la *armazón arquitectónica*.

Las obras literarias sin orden son como edificios sin planos. Suponed un alcázar suntuoso, rico en soberbias estatuas, en mosaicos vistosos, en espléndidos rasgos y perfiles delicados, mas desprovisto de concierto y proporción en su estructura: ¿qué resultará? Un excelente laberinto, no un magnífico palacio.

Vosotros, amadísimos jóvenes, antes de emprender vuestro trabajo, debéis, a manera de hábiles arquitectos que diseñan previamente la planta del edificio, dibujar en la mente el plan de la obra, la distribución de sus partes y el mutuo enlace con que se traban.

No se puede escribir, hablar y obrar con orden, si antes no se piensa ordenadamente: los escritos y discursos son como espejos, en los cuales el autor, fatalmente, refleja su propia imagen.

Tercer auxiliar del orden, compañero de los dos precedentes, es la *meditación, madre de la sabiduría*.

Ejercitáos, pues, en reflexionar los temas hasta comprenderlos y dominarlos por completo; adiestráos, sobre todo, en contener la fantasía en su propia esfera.

En nuestros días se lee mucho, y poco se digiere; casi nada se medita, y se escribe demasiado. Con cuatro nociones superficiales se cree tener derecho a dogmatizar sobre problemas gravísimos de ciencia, de política, de arte, de religión... de religión sobre todo, sin tener siquiera conocimiento del catecismo.

Precavéos de semejante audacia: no escribáis ni una carta sin haberla previamente meditado. Cuando, fecundada la inteligencia por la meditación, hayáis llegado a la clara visión de la obra entera con una síntesis que adecuadamente la abrace; y cuando, mediante análisis perfecto, lleguéis a poseer lúcidas ideas de todas y cada una de sus partes, sólo entonces podréis intentar escribir, seguros de escribir, no sólo con orden, sino con elocuencia.

«La sabiduría, dice hermosamente San Agustín, al salir del pecho del sabio, como de un alcázar, halla siempre la elocuencia cual inseparable sierva que, aun

sin llamarla, espontáneamente sigue a su señora» (1).

La elocución no es ropaje o envoltura de ideas y de afectos, no es vestido que se añade y sobrepone al pensamiento a manera de adorno; es irradiación y eflorescencia natural de lo más íntimo y profundo en nuestro modo de pensar y de sentir.

No es de temer que el orden encadene al genio, porque es precisamente obra del numen reunir en amigable consorcio la inspiración y el orden.

El verdadero genio correrá siempre dentro de los cauces trazados por el orden, como potente máquina que atraviesa con velocidad llanuras inmensas sin salirse de los rieles sobre que avanza su mole.

Mediante esos tres géneros de ejercicios, análisis de clásicos modelos, desarrollo de temas oportunos y científicas meditaciones, armoniosamente combinados y gradualmente repetidos, será fácil contraer el hábito del orden intelectual, fuente primera de todos los órdenes.

Empero, la costumbre de ordenar ideas se contraerá más fácilmente y con mayor solidez, si en la práctica de los ejercicios indicados, con la inteligencia va unido el corazón, es decir, si acompaña a éste el amor al orden.

¿Cómo no amar el orden? El orden es bello, y sin orden no hay belleza. El orden es perfección, y sin orden nada es perfecto. «Toda cosa, dice San Agustín, es tanto mejor cuanto esté más ordenada.» El orden es el reflejo más sublime de la Divinidad, una en la sustancia y trina en las personas. El orden es el efecio más

(1) «.....ut verba quibus dicuntur, non a dicente adhibita, sed ipsis rebus velut sponte subjuncta videantur: quasi sapientiam de domo sua, id est, pectore sapientis procedere intelligas, et tamquam inseparabilem famulam etiam non vocatam sequi eloquentiam.» (*De Doctrina Christiana*, Libro IV, c. VI, n. 10, ed Migne).

admirable de la sabiduría del Verbo increado, que todo lo hizo por su infinito amor.

Íntimo y excelso parentesco une entre sí el orden y el amor, para que se ayuden mutuamente en su progresivo desarrollo.

Si amáis el orden, os será más fácil, no sólo convertirlo en hábito, sino aplicarlo con la mayor naturalidad en todas las operaciones intelectuales y en todos los actos de la vida.

Así el amor al orden influirá para formar en vosotros el hábito del orden, y el hábito del orden refluirá en vuestro amor para ordenarlo más y más; de suerte que, por el influjo del orden intelectual sobre el orden moral y por el reflujo de éste sobre aquél, conseguiréis la formación armónica de vuestra mente, corazón y voluntad, la evolución unísona de vuestra fantasía, de vuestros instintos y sentidos, el acuerdo progresivo de vuestros pensamientos, afectos y acciones; el concierto acabado en todo vuestro sér.

De esta manera se formarán jóvenes equilibrados en sus pensamientos, correctos en sus costumbres, metódicos en sus palabras y acciones, pulcro el exterior, serena la conciencia, sonriente el porvenir...; en una palabra, varones que, poseyendo el hábito de pensar, sentir y obrar con orden, lleguen a ser organizadores de empresas privadas y públicas en bien de la religión, de la ciencia y del arte, ya que, según indicamos al principio, hasta las cuestiones sociales se reducen hoy al gran problema del orden.

En tiempos antiguos podía suceder que parte del género humano careciese de medios para gozar de los beneficios de la civilización y aun de elementos esenciales para la existencia material. Vemos con horror en los anales de la historia que el hambre, dominando a

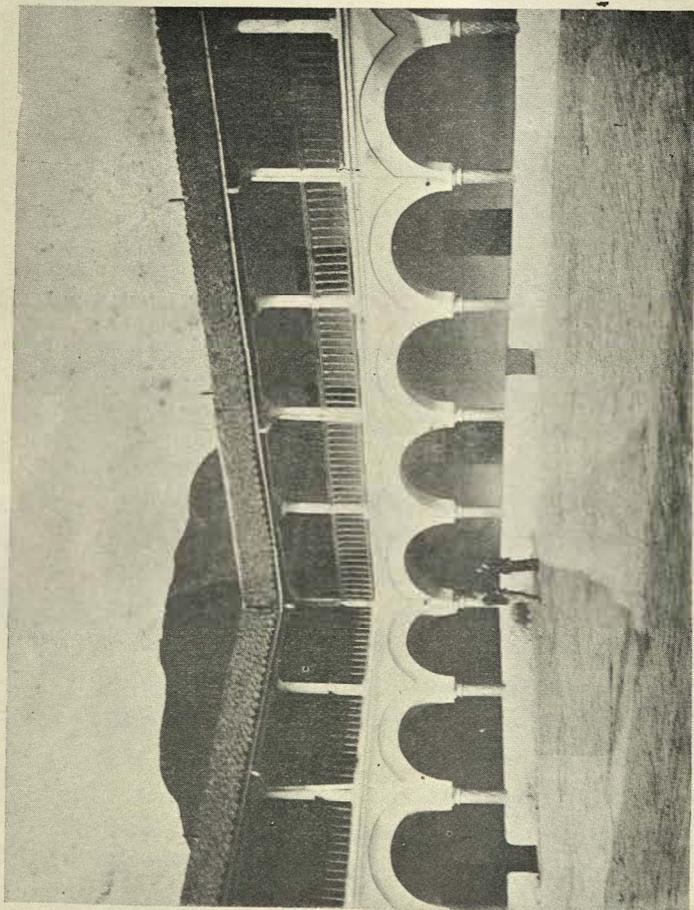
veces en medio de los pueblos, sembraba desolación y exterminio.

Mas en nuestros tiempos, merced a tantos inventos, industrias y productos, la situación de la humanidad ha cambiado radicalmente. En verdad, ¿que falta a la presente época para su cumplido bienestar? ¿artículos necesarios para la existencia?: su abundancia puede satisfacer las necesidades más extremas; ¿medios de cultura y de moralización?: manan por doquiera fuentes de enseñanza, y las voluntades rectas y benéficas no han desaparecido del mundo. ¿Faltarán vías de comunicación?: por aire, y por tierra, y por mar, y por los abismos del océano, y por las entrañas del planeta han llegado los pueblos a comunicarse de tal suerte, que ya es vulgar la expresión de que las distancias no existen . . . . ¿Faltan acaso talentos, ideales, capital, empresas? No, lo que falta son fuerzas armonizantes, potencias ordenadoras que, extendiéndose sobre el orbe, a modo de vitales arterias, hagan circular la inmensa copia de bienes materiales y morales por todas las venas del género humano, distribuyéndola con orgánica igualdad entre todos los hombres, familias y naciones; lo que se echa de menos en medio de esta abundancia proteiforme de conocimientos, hallazgos y producciones, no son tanto genios que creen y potencias que produzcan, cuanto sabiduría que modere, concierte y armonice.

Salgan, pues, salgan de las aulas jóvenes equilibrados, obreros de paz y de amor, arquitectos de obras conciliadoras; en una palabra, ciudadanos de orden y armonía. Tal es el voto que quisiera expresar a los alumnos de todas las escuelas, públicas y privadas, en bien de la religión y de la patria.

Empero, a vosotros particularmente, queridísimos jóvenes, dirijo mi ardiente deseo, augurando que al salir de este modelo de seminarios y al entrar en el estadio





El claustro mayor en 1908.



El claustro mayor en 1920.

del mundo, os colocaréis en esfera superior a todos los bandos políticos y a todas las clases sociales, y os mostraréis apóstoles de orden para contribuir eficazmente a restaurar y extender el Reino de Dios y de su justicia entre los hombres en la paz, concordia y fraternidad universal, a fin de que a las armonías del universo correspondan los conciertos de la sociedad humana, y cielo y tierra canten acordes la gloria del Supremo Ordenador de todas las cosas.

---

## DISCURSO DEL DR. NICASIO ANZOLA

### EN LA CLAUSURA DE ESTUDIOS

---

Señor Ministro. Señor Rector. Respetable claustro:

No esperéis de mí una pieza oratoria, como las que se acostumbran en ocasiones como ésta, para clausurar los estudios. Quiero apenas cumplir encargo que ha dado nuestro dignísimo Rector, el mismo que ayer no más dirigía mis pasos como maestro sapientísimo, y el mismo que en todo tiempo me ha favorecido con inmerecidas muestras de cariño y aprecio:

Pocas veces, en el curso de mi vida, me he encontrado en trance tan apurado y embarazoso como el presente: de un lado la manifiesta temeridad que entraña el presentarme ante vosotros a pronunciar el discurso de clausura de estudios del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, profanando así con mi inanidad esta alta tribuna que han honrado tántos doctos y maestros, hijos ilustres de este Colegio y glorias purísimas de la Patria, cuyas elocuentes voces aún se dejan oír en la atmósfera de este recinto; y de otro, los deseos del amadísimo maestro quien, no obstante mis reiteradas y